

# Cómo no me voy a acordar

Raquel Ortega Rivera



## Capítulo 1

Manuela, sentada en su butaca rememoraba las batallas de su niñez. Con siete años, huérfana de padre y madre comenzó a servir en el palacete del señorito Luís, hijo de un duque ya fallecido. La vida le hizo crecer y convertirse en una sirvienta que llevaba toda una familia a cuestas. Un señor y una señora exigentes, una criatura a la que tuvo que hacer de madre cuando más que eso debería haber sido una compañera de juegos; una Duquesa ya mayor e irritante, dos perros que le ladraban sólo con olerla y tres caballos enormes a los que limpiar encaramada a una escalera.

Recordaba batallitas de ese tiempo. De una esclavitud encubierta de compasión y cobijo. Lo hacía con la sonrisa ingenua de quien no ha probado nunca el ser dueño de su propia vida. Esa había sido su única familia durante ese camino que va desde la niñez hasta la pubertad y sin más recuerdo que esa vida de entregada servidumbre, la recordaba como quien recuerda su primera vez en un parque de atracciones, o el primer cine con sus padres, los juegos de la niñez con ellos o las historias surrealistas al pie de la cama contadas con la más absoluta verosimilitud. Todas esas cosas que jamás echaría de menos, simplemente porque nunca las tuvo.

Se mecía en la silla, como intentando atraer momentos dulces, tan lejanos y perdidos en los rincones de su memoria. Intentando evocarlos a golpe de balanceo. Y empujando con el ritmo sosegado de sus ochenta y nueve años afloró aquel recuerdo. Con once, estrenaba su primer vestido, el primero y único que le harían a medida y que le sentaba como un guante. También estrenó zapatos nuevos ya que el evento lo merecía y ella ya calzaba dos números más que su niña, a la que vistieron de blanco, con blonda y canacán como estaba mandado para hacer la comunión. Antes hubo de pasar todo una semana con unos zapatos viejos, dos números pequeños por empeño de la abuela, la Duquesa, que se había emperrado en que a base de usarlos se darían de sí, y de que eran perfectamente aprovechables. Después de seis días con los dedos encogidos, guisando, cargando ollas de agua y con los pies escaldados por el sudor y el roce, acabó en la cama con cuarenta de fiebre. Recordaba a la duquesa cuando se acercó esa mañana a su cama al no encontrarla haciendo sus quehaceres y le gritó:

- Levanta, gandula. Levanta y gánate el pan que se te da en esta casa.
- Señora Duquesa, estoy tiritando creo que... estoy enferma.
- ¿Enferma? Anda y no digas bobadas. Floja, eso es lo que eres. Una floja.

Tuvo que arrastrarse desde la cama y cocinar y planchar toda la colada. A las doce, Manuela, se desmayaba en la cocina, entre los fogones y la nevera y no sería hasta la una que la encontraría su niña tirada en el suelo y tiritando. El médico de la familia dijo tras examinarla, que tenía una infección severa. Le recetó antibiótico y reposo. Se pasaría dos días en la cama tiritando bajo las mantas a poco tiempo de la comunión de la pequeña señorita. "Así pues no hubo más remedio que comprarle unos zapatos, ¡unos zapatos nuevos!, relataba la Duquesa a sus iguales escandalizada".

El día de la celebración se sentía tan bonita con su nuevo atuendo que se dejó llevar por el momento y se fundió con la multitud de niños, todos de familia noble, sin que ninguno prestara atención a que ella, era tan sólo la sirvienta. Ese episodio resultaría uno de los recordados con más cariño de toda su vida. Perdida en los recuerdos, secuestraba las lágrimas involuntarias que brotaban de sus ojos con la intención de lanzarse al vacío y levantó la mirada al techo para ahogar el manantial que de no remediarlo empañaría su rostro.

Sabía perfectamente que su tiempo de lucidez se acababa y sin embargo luchaba por quedarse en la realidad, por muy dura que pudiera ser. A penas recordaba lo que había dicho hacía un minuto, ni lo que comió ayer, ni cómo se llamaba su hija o su nieto pero el destino de su mente caprichosa se empeñaba en traerle los recuerdos de una edad inocente que hacía muchos años, muchos, que había vivido.

Lola, entró en la habitación con una bandeja llena de fruta. Le había traído para merendar unas fresas, ciruelas y una manzana para que escogiera. Ya ni siquiera podía recordar las cosas que le gustaban y acostumbraba a hacer ir y venir a su hija a la cocina, hasta que acertaba con su nuevo alimento favorito. Irrumpió en la estancia avisando de su entrada con pasos sonoros y un: "hola, ya vengo mamá". Manuela ya no contestaba casi nunca, se limitaba a mirarla con asombro preguntándose quien sería aquella extraña que se metía en su casa para darle la merienda.

—Hola mamá. Mira lo que te he traído. ¿Qué te apetece? Tengo manzana, fresas y...

Entonces Manuela señaló la manzana con el dedo extendido.

—Manzana. Buena elección.

Lola se había acostumbrado a que todas las preguntas se convirtieran en retóricas y todas las conversaciones con su madre en monólogos improvisados. Sin embargo en ese momento no tenía ganas de hablar consigo misma y se quedó observando la manzana mientras la pelaba parsimoniosa.

— ¿Te acuerdas, mi niña cuando hiciste la comunión? ¡Qué bien lo pasamos aquel día verdad! ¡Ay, qué vestido tan bonito que llevabas!—soltó Manuela.

—¿Cómo era, mamá, lo recuerdas?—preguntó su hija con la intención de ejercitar su memoria, o quizá de hacerla hablar aunque fuese fuera del

contexto correcto.

— ¡Cómo no me voy a acordar! A tu padre le costaron muchas noches trabajando para comprarle a su pequeña el traje más bonito de la tienda. La modista te lo dejó perfecto.

Lola no pudo contener la humedad de sus ojos. Hacía tantos meses que ella no aparecía por sus recuerdos que, aun sabiendo que la enfermedad la secuestraría irremediablemente al minuto siguiente, no pudo dejar de sentir una punzada de esperanza. Como si por el hecho de desearlo tanto, de repente y sin previo aviso su madre, a la que amaba más que a nada en el mundo, fuera a recuperarse de esa dolencia tan cruel. Ésa que te roba lo único que poseemos en la vida, el amor de los que nos rodean, impreso en el libro de nuestra memoria. Se enjugó las lágrimas intentando no desconcertar a su memoria y le dijo:

—Era precioso, mamá.

—Bueno, no te preocupes que luego voy a la tienda de la Merceditas, compro unos retales y te hago uno para el día en que te cases, mi niña. Lola le dedicó una sonrisa triste, la besó en la mejilla y salió de la habitación a preparar el baño del pequeño Marc.